

Desde Europa

por José Luis de Vilallonga

A ciertos franceses —no a todos— empiezan a interesarles mucho las futuras elecciones españolas. La mayoría de los franceses —y porque, en el fondo, España les importa un rábano— parecen creer de buena fe que la democracia vio la luz en nuestro país a los cinco minutos de haberse efectuado la última autopsia del general Franco. Avestruces y ciegos los hay en todas partes. Pero existe una minoría —una muy pequeña minoría— de franceses que creen que del futuro de España depende en parte el futuro de Europa. Gentes tan clarividentes no pueden menos que opinar sobre nuestro porvenir con cierto escepticismo. Un denominador común: el miedo que a todos les inspira Fraga. "C'est un plouc" ("Es un patán") —me dice una dama que le ha visto meterse dos dedos en la bragueta para rascarse la ingle—. "Si Fraga accediera un día al poder absoluto —y ésa es su verdadera y no tan secreta ambición— acabarían ustedes por recordar a Franco con nostálgico cariño", comenta el esposo de la dama, que viaja frecuentemente a Madrid. Otros me han dicho que "declarar públicamente que el Gobierno de Adolfo Suárez había dado un golpe de Estado al legalizar al Partido Comunista de España, denota una tal falta de madurez política, que si la derecha plebiscita a Fraga ya no podrá llamarse nunca más 'derecha inteligente'. Será una derecha ultra y nada más".

"C'est un plouc" repite la dama, que ignora que la Cantudo —¿pero quién sabe en Francia quién es la Cantudo?— ha dicho al salir de Bajamar, donde fue a comer ostras con el patán: "He tenido una gran suerte en conocer al señor Fraga". Por lo visto, la Cantudo viaja poco. Porque si pudiera comparar...

* * *

Félix Houphouët-Boigny ha dicho: "En Africa, los rusos sólo avanzan cuando saben que nadie se les pone por delante". Y añade el señor Presidente de la Costa de Marfil: "Si Rusia se queda con Africa, Europa se quedará sin materias primas. Europeos, despertaos".

El primero en salir de la cama ha sido Valéry Giscard d'Estaing. El viernes 8 de abril, diez Transall, un DC-8 y un Boeing 747 despegan de noche de un aeródromo militar y salen volando sin que nadie —o casi nadie— se entere, rumbo al Sur de Marruecos. El lu-

nes siguiente, los franceses —de mal humor, porque han pasado un "week-end" frío y lluvioso— se enteran de que Valéry Giscard d'Estaing ha decidido proporcionar una ayuda militar —aquí le llaman a eso "soutien logistique"— al coronel Mobutu, Presidente de la República de Zaire. Inmediatamente, M. Ballanger, diputado comunista, habla de un nuevo Vietnam y acusa al Presidente de neocolonialismo. Mientras tanto, don Fidel Castro —de muy buena familia por parte de su madre, me explicó un día el difunto marqués de Mariano— facilita a los enemigos de Mobutu una tropa de varios miles de hombres, cubanos ellos, naturalmente. Pero eso ya no es neo-colonialismo. Eso es correr, volar en socorro de la libertad.

Jean François Revel se indigna en su crónica semanal del "Express" de esta ambigüedad cuyo origen no es semántico, sino político. "En Etiopia —escribe Revel— la junta militar lenino-marxista ha hecho fusilar en los dos últimos meses a más de tres mil perso-

nas. Para recuperar los cuerpos, los familiares de las víctimas han de pagar al Estado la suma de 150 dólares etíopes por cadáver. De esta manera, el Estado recupera el importe de las balas gastadas". Y dice Revel: "¡Qué escándalo si tal cosa hubiera ocurrido en la 'colonia blanca' del señor Vorster! Pero tratándose de un país socialista, el hecho se clasifica como una mera 'ambigüedad africana'".

Yo creo que ni la semántica ni la ambigüedad tienen que ver gran cosa en el asunto. Yo creo que se trata sencillamente de un problema de corbatas y de barba. Porque mirándolo bien, todos los neo-colonialistas son lampiños y llevan corbata. Y todos los "libertadores" —de lo que sea— son barbudos y van descamisados. El consejo que se le puede dar a Giscard es obvio. Lo malo, en este caso preciso, es que a las mujeres de aquí les gusta Valery así como es, afeitadito y luciendo siempre unas corbatas preciosas. Y las mujeres en Francia, cuando votan, votan.

* * *

Acabo de leer el libro de Antonio García Trevijano "La alternativa democrática". El hombre es inteligente, audaz. El escritor es culto, profundo. Los dos, el hombre y el escritor, tienen estilo. Esa clase de estilo que nadie perdona.

Tres hombres solamente han tratado en España de crear una alternativa política diferente de la propugnada por el morador de la Moncloa: Gil-Robles, desde la derecha; el conde de Motrico, desde el centro de las fuerzas del franquismo, y Antonio García Trevijano desde la izquierda. Ninguno de estos tres hombres sigue hoy en el candelerero. Gil-Robles y Areilza se han retirado —aunque fuertemente presionados— "de motu proprio". A Trevijano, biológicamente reacio a toda clase de compromiso y sobre todo a cualquier imposición, hubo que difamarlo para obligarle a guardar silencio. "Mis análisis —explica Trevijano— señalaban que la libertad y la democracia necesitaban la unidad de todas las fuerzas democráticas. En la situación actual, la unidad se ha hecho inviable. En consecuencia, la democracia, en España, a corto plazo es imposible". Las ideas de Antonio García Trevijano no han cambiado. Me alegro. Porque son las mías.

